y le separó de la compañía de los otros. Pues este fué precisamente el instrumento de que se sirvió el demonio para hacer las últimas pruebas contra el Oratorio, que por decirlo así aun estaba en su infancia. Con su hálito ponzoñoso llenó el corazon de este infeliz de indignacion y de rabia, para que la arrojase contra aquel inventando mil mentiras y falsedades. No es decible lo que hizo y propaló el irritado maligno espíritu, á cuyo fin tuvo á bien de representar al mal sacerdote como una afrenta lo que solo era un merecido castigo: baste saber que no hubo piedra que no removiese para hacer caer el naciente edificio. Con estudiadas invenciones y calumnias trató de desacreditar con los Florentinos á sus hermanos, y concitar contra ellos su ódio tejiendo una continuada serie de graves imposturas. Y ya habia logrado con sus engaños hacer que en varios conciliábulos se tratase de espulsar de S. Juan á los que justamente le habian echado de su compañía : cuando hizo Dios salir un nuevo Gamaliel, es decir uno que era bastante principal entre los de la nacion Florentina y estimado de todos, el cual sabedor

de la bondad y virtud de los Padres y de la malignidad del calumniador espulsado, to-mando el partido de la combatida inocencia, con la fuerza de las razones y con su autoridad reprendió á los otros é hizo que quedase to-talmente desvanecida la nube levantada por lucifer para arruinar el apenas nacido Instituto, y permitida por Dios para establecerle mejor y perpetuarle, como dentro de poco verémos.

## CAPÍTULO XV.

Funda Felipe el instituto del Oratorio en la Iglesia de Santa María de Vallicella, y despues de concluirse el nuevo y magnífico templo que se levantó, empiezan á celebrar en él los divinos oficios.

Hasta el año 1575 fueron en Roma como peregrinos los ejercicios del Oratorio, no teniendo asiento fijo; pues habiendo empezado en S. Gerónimo pasaron despues á S. Juan de los Florentinos, y conociéndose por la esperiencia cuán abundante era el fruto que se sacaba de ellos, aunque no tuviese Felipe idea

de fundar Instituto nuevo, sin embargo rogándole los suyos que ordenase una asociación á fin de perpetuar aquel Instituto tan provechoso, accedió á sus instancias, y al efecto trató de proveerse de lugar en donde poder fundar la Congregación. Muchos se le ofrecieron á propósito; pero por varias consideraciones, entre otras la de haber oido el oráculo del Vicario de Cristo, fué elegida la Iglesia de Santa María de la Vallicella, en el barrio llamado de Parion.

Habiendo pues tomado posesion de esta iglesia en virtud de la Bula apostólica del Pontífice Gregorio XIII, fundó y erigió el santo patriarca y fundador Felipe una Congregacion de presbíteros seculares que quiso se llamase la Congregacion del Oratorio, tomando la denominacion de aquel primer Oratorio de S. Gerónimo de la Caridad, en que se empezaron públicamente los ejercicios de razonamientos familiares y cotidianos y la oración en comunidad. De este modo fué como el Oráculo del Vaticano confirmo y aprobó el nuevo Instituto con la citada Bula, que empieza: Copiosus in misericordia Dominus,

con fecha de 43 de julio de 4575, en el año cuarto del Pontificado de Gregorio XIII, á quien por esto se confiesa eternamente obligada la Congregacion del Oratorio, que despues fué asimismo enriquecida y honrada con varios privilegios y gracias de otros sumos Pontifices sus sucesores.

Obtenida ya de Felipe y los suyos la iglesia de Santa María de la Vallicella, hubiesen deseado que inmediatamente se trasladáran á ella desde S. Juan de los Florentinos los ejercicios del Oratorio y su habitacion, pero se dilató por algun tiempo á causa de la obra que hubo precision de empezar. Era aquella iglesia tan antigua que, como observó Baronio, no se encuentra en las Memorias antiquas que á la Natividad de la Vírgen se dedicase en Roma iglesia alguna antes que ella: por cuya razon fué enriquecida con muchas indulgencias por Eugenio III, (cuyas concesiones se encuentran hoy en los registros antiguos), é igualmente se hace muchas veces mencion de ella en las Memorias de las antiguas parroquias de Roma. No era pues de estrañar que se la hallase ruinosa. Pareció

T. I.

por lo tanto oportuno hacer que se la reconociera, y se dió este encargo á Mateo de Castillo, sábio y esperimentado arquitecto, el cual la registró hasta en sus cimientos; y encontrándola en tan mal estado por su antigüedad, que amenazaba ruina, creyó que seria inútil todo lo que se gastase en repararla, á no ser desde los cimientos. Calculando pues que con la suma que se necesitaba para la reparacion habria acaso suficiente para edificar una iglesia mas grande y capaz, y de consiguiente mas acomodada á la multitud de gentes que concurrian á los ejercicios del Oratorio, aconsejó á los Padres desistieran de su primer pensamiento. Agradó á todos su prudente y razonado consejo; y aun cuando el inmenso gasto superaba las fuerzas de la naciente Congregacion, no desmayó Felipe, porque teniendo como tenia puesta en Dios toda su confianza, veia abiertos para él todos los erarios de la Omnipotencia. Una vez tomada ya posesion de la antigua iglesia, mandó á ella á German Fedeli y Juan Antonio Lucci de Balmarea, sacerdote de gran virtud y su antiguo hijo espiritual, á fin de que cuidasen de oficiarla,

encargándoles también el cuidado de la parroquia, y para que tuviesen cuenta de la poca fábrica que se trató de hacer al principio. Entre tanto Felipe, á quien agradaba poco la antigua estrechez de aquella casa dedicada a Dios y á su santísima Madre, trató de hacerla mas magnifica, y quiso para ello que todo dependiese del consejo y direccion del citado arquitecto, el cual se portó en aquella obra con no menor piedad que prudencia; pues sin interés ninguno empleó en ella sus conocimientos y su trabajo, y no quiso jamás manifestar á los Padres la planta del futuro templo para que, como dice Baronio, no se asombrasen de la grande amplitud de la mole, é impidiesen que se fabricára.

Pero si grandes fueron los planes del arquitecto, mas magníficos eran los de Felipe; pues habiendo una mañana, inspirado de aquel Dios que daba valor y vigor á su confianza, dado órden para que se destruyese la antigua iglesia á fin de dar principio á la nueva, y debiendo el arquitecto tirar el cordel para señalar la longitud de la fábrica, al salir el Santo de la sacristía de S. Gerónimo

de la Caridad en donde habitaba, para ofrecer el divino sacrificio, le mandó á decir que lo suspendiese hasta tanto que él fuese, porque queria absolutamente presenciar aquella importante resolucion. Luego que el santo Padre hubo celebrado con su acostumbrada ternura y dado las debidas gracias se dirigió á la Vallicella, en donde el arquitecto estaba va preparado para aquella operacion. Tiró este la cuerda con las proporciones que le parecieron convenientes; pero no condescendió con su ciencia el Santo, mandando que se fijasen con mas amplitud, lo que hizo por tres veces, hasta tanto que se llegó al punto, que Dios habia revelado a Felipe, y entonces dijo este: «Parad aquí y cavad.» Obedecieron los albañiles, y no sin asombro encontraron un antiguo muro de duros ladrillos de diez palmos de alto, y otro tanto de ancho, cuya longitud se estendia á mas de la que habia de tener la iglesia. Nadie sabia que existiese tal muro sino Felipe que le vió con sobrenatural mirada, y fué como un tesoro, encontrado oportunamente, porque sobre él se fabricó despues todo el lado del Evangelio, que cimentado en pared tan sólida quedó tan fuerte, que no ha sufrido deterioro como el lado de la Epístola. Además se sacó de él la mayor parte del material que fué necesario para los otros cimientos de la iglesia, y aun para una buena parte de las paredes. Con tan feliz principio se trazó el nuevo edificio á 17 de setiembre de 1575, poniendo la primera piedra con toda solemnidad Alejandro de Medici, arzobispo de Florencia.

Despues de esta sagrada y solemne ceremonia dió principio el santo Padre á la gran fábrica sin contar casi con ningun recurso. Pero estaba él tan provisto de confianza en la divina Providencia, que le valió mucho mas que todo humano apoyo, pues que apenas se puso mano á la obra cuando concurrieron los fieles con tantas dádivas que en dos años se vió muy adelantada. La primera suma que en ella se empleó fueron doscientos escudos que dió S. Cárlos Borromeo, como afortunadas primicias con que un Santo ayudaba y fomentaba la obra de otro Santo, y que fueron feliz presagio de las grandes limosnas que se recibieron despues de la piedad de los fieles para

la conclusion de la obra comenzada. Temian los Padres, considerando la escasez de recursos pecuniarios, no poder llevarla á cabo, tanto mas cuanto que por las grandes líneas va señaladas, conocian cuán magnífico y por consiguiente costoso habia de ser el templo. V no solo los de casa sino aun los estraños dudaban que se pudiera concluir una obra tan superior à las débiles fuerzas de la naciente Congregacion, y no dejaban de representar al mismo santo Fundador que era casi imposible tamaña empresa. Pero él nada desconfiado, antes bien lleno de confianza en Dios, les contestaba magnánimamente que tenia tal esperanza de que se concluiria que le sobraba ánimo para arruinar la fábrica va hecha y emprender de nuevo otra mas bella y gigantesca. Entre las personas que midiendo las obras de Dios por las fuerzas humanas exageraban la dificultad de la empresa, fué una la condesa Adriana, mujer del conde Próspero de la Genga; mas nada supo decir al Santo cuando le contestó con estas palabras: « He hecho pacto con la santísima Virgen de no morir hasta tanto que esté cubierta la Iglesia»; como en efecto sucedió, viendo en sus dias conseguido, por decirlo así, un imposible.

Y en verdad que era mas que dificil la perfeccion de aquella gran mole que deseaban los Padres ver terminada para trasladar á ella los ejercicios y su habitacion. Entre tanto empezó á hacérseles escesivamente penosa la tardanza, cuando movido Dios por los ruegos del santo Padre, estimuló de tal modo con sus dulces y suaves impulsos á toda clase de gentes, que no hubo, digámoslo así, quien con espontáneos tributos no contribuyese á la construccion del edificio. Competian los pobres con los ricos, dando aquellos bastante mas que estos, si se atiende no á la cantidad sino á la fe con que lo hacian. Cada uno ofrecia lo que le permitian sus cortas facultades. Las mismas señoras, mejor que lo hicieron las mujeres hebreas, se quitaban con júbilo los anillos de las manos para ofrecerlos á la fabricacion de aquel templo.

A las piadosas y pequeñas ofertas de los pobres siguieron las abundantes dádibas de los ricos, señalándose entre ellos los Prelados 246

v eminentísimos Cardenales. El cardenal Federico Borromeo, grande imitador de las virtudes de su primo, dió cuatro mil escudos para que se prosiguiese una obra comenzada con el dinero de S. Cárlos. Otros ocho mil dejó el cardenal Pedro Donato Cesi, y su hermano Angel, obispo de Todi, empleó despues sobre treinta mil en la bella y magnifica fachada de la misma iglesia, además de lo que habia gastado en la capilla de la Presentacion. Pero así como en la dignidad escedia á todos el sumo Pastor Gregorio, así tambien los superó en el afecto y la benignidad con que atendió á la fábrica de la nueva Iglesia; pues no menos en su principio que en su prosecucion se mostró siempre liberal, y tanto que al parecer de Baronio puede decirse con justicia que él edificó aquel templo; por lo que en memoria de sus grandes beneficios se crevó que despues de la Virgen, debia dedicarse al gran Pontifice S. Gregorio, de quien llevaba el nombre é imitaba las costumbres : y así se llamó la nueva iglesia Santa María y S. Gregorio en Vallicella. Diversas personas contribuyeron liberalmente con lo demás que se necesitó

despues de las referidas sumas; gastándose en vida del Santo hasta cien mil escudos solo en la fábrica de la Iglesia, como él mismo confesaba para inflamarse mas y mas en dar la debida gloria y honra á Dios que tan abundantemente le habia provisto de todo, siendo así que habia acometido una empresa tan grande sin contar casi con ningun recurso.

¿Pero qué puede faltar á quien confia verdaderamente en Dios? ¡ Ah! antes ciertamente falta nuestra confianza que dejar aquel liberalísimo Señor de proveer à quien pone en él de veras sus esperanzas. Así nos lo enseñó el Santo especialmente en esta ocasion; pues que si bien algunas veces se hallaba reducido al estremo de necesitar dinero para pagar á los operarios, jamás se confundia ni desmayaba, sino que decia siempre: «Dios me ayudará»; y al punto correspondia el suceso á sus esperanzas, y le llegaban socorros con tal oportunidad que muchos juzgaron con razon que en diferentes ocasiones se le proporcionó dinero milagrosamente. Era tal su confianza en Dios, y tan grande su desconfianza en los auxilios terrenos, que en las mayores necesidades para la continuación de la fábrica no pudo resolverse nunca á pedir nada á nadie. Por esto habiéndole referido un dia el hermano de Congregacion que cuidaba de la fábrica, que aun no se habia llegado á las cornisas y el dinero se habia agotado, por lo que era preciso suspender la obra : lleno de confianza en Dios le animó el Santo, diciéndole : « Que no dudase que el Señor proveeria segun la necesidad ». No se tranquilizó con esta respuesta el hermano, y guiado por humana prudencia le sugirió que habia un caballero bastante rico y tan inclinado á las obras de piedad que cuanto tenia daha por amor de Dios; por lo que si él le pedia seguramente contribuiria con una buena limosna. Mas Felipe no aceptó el consejo como contrario á sus intenciones v le volvió esta respuesta: « Hijo mio jamás he pedido cosa alguna y Dios me ha provisto siempre. Ese caballero sabe perfectamente nuestra necesidad, y si quiere hacer alguna limosna la hará por sí mismo». Apreció Dios la confianza de su siervo, y por otro medio le proveyó abundantemente; pues pasados pocos meses murió un abogado principal muy afecto

al Instituto, quien sin que nadie se lo sugiriese, como inspirado por Dios, dejó piadosamente mas de cuatro mil escudos para la fábrica; y á los seis meses murió otro, que para el mismo objeto dejó mas de ocho mil; de modo que pudo proseguirse felizmente el comenzado edificio, el cual parecia que corria á cuenta del cielo mas que de Felipe, pues tan oportunamente y sin humana diligencia sobrevenian los socorros necesarios. Pero nuevos y mas patentes prodigios le declararon obra del cielo ó mas bien de su Reina.

En tanto que el edificio seguia prósperamente, el P. Juan Antonio Lucci, á cuyo cargo estaba, mandó allanar para comodidad de la misma la antigua Iglesia, y que dejasen en pié solo una pequeña capilla, ya porque en ella se veneraba la antigua y devota imágen de la santísima Vírgen, que al presente se adora en el altar mayor de la Vallicella, cuanto por conservarse en la misma el santísimo Sacramento, que, por ser parroquia aquella iglesia, debia administrarse á los moribundos sus feligreses. Había ordenado tambien que para la mayor decencia posible así de Jesus sacramentado

como de la sagrada imágen de su santa Madre dejasen cubierta la capilla con su antiguo techo; cuando he aquí que una mañana envió á llamar el Santo á toda prisa al citado P. Lucci, v le ordenó que al punto mandase demoler el techo de la capilla, porque debiendo en la noche anterior desplomarse naturalmente, habia visto él á la gran Madre de la Misericordia que le sostenia con su poderosa mano. Apenas el P. Juan Antonio volvió de S. Gerónimo á la Vallicella, hizo llamar acto continuo á los trabajadores y les mandó echar abajo el ruinoso techo; mas no biem empezaron á hacerlo cuando vieron no sin asombro que el fundamento principal en que se apoyaba, saliendo fuera de la pared, se sostenia en el aire; por lo que todos lo juzgaron y publicaron como un milagro.

VIDA

Habiendo trascurrido ya dos años desde la colocación de la primera piedra, y quedado concluida con los auxilios del cielo una parte suficiente para los ministerios eclesiásticos y para un numeroso concurso de gentes, se dió principio á los divinos oficios en 3 de febrero de 4567, en cuyo dia cayó aquel año la Domini-

ca de Septuagésima, celebrando solemnemente la primera misa el mismo Alejandro de Médici, que ofició tambien de pontifical en las Vísperas, y oyéndose durante todo el dia en aquel nuevo recinto la harmonía de sonoras voces y músicos instrumentos. Para hacer mas solemne la festividad concedió el sumo Pontífice indulgencia plenaria á los que visitasen devotamente la nueva iglesia, por lo que fué grande el concurso de gente; y en la siguiente próxima Cuaresma administró el pan de la divina palabra á un numerosísimo pueblo el célebre predicador apostólico P. Fr. Lobo, capuchino.

No debemos pasar aquí en silencio que si la devota piedad de los fieles se señaló tanto en contribuir con gruesas sumas para la fábrica del augusto templo, no se señaló menos en ofrecer con abundancia preciosas alhajas y sagrados ornamentos para el culto divino. Apenas se abrió parte de aquella iglesia cuando á porfía concurrieron á proveerla de vasos sagrados, de recados preciosos para los altares y de costosas alhajas; de modo que, como refiere Baronio en su manuscrito, fueron tan-

nueva.

no estaba concluida en cuanto á la fábrica. no tenia que envidiar tocante á ornamentos á

las mismas basílicas, á las que se igualó tam-

bien despues en cuanto á la magnificencia del

edificio, á la suntuosidad de las capillas in-

crustadas de finísimos mármoles y á la belleza

de las pinturas. Así es que se la considera como uno de los mas notables y magníficos

templos que se admiran en Roma; habiéndose

llamado Iglesia nueva, por la circunstancia

de haber sido reedificada desde los cimientos

como dejamos dicho: denominacion que se

ha transmitido á los Padres del Oratorio de

la Congregacion de Roma, en términos que

no son conocidos comunmente en esta capital

sino con el nombre de Padres de la Iglesia

## CAPÍTULO XVI.

Pasan á vivir en comunidad á la iglesia de la Vallicella los Padres del Oratorio, á donde finalmente vá tambien à fijarse el santo fundador Felipe, y declarado prepósito perpétuo de la Congregacion, le rinden sus hijos una admirable obediencia.

Habiendo empezado los Padres del Oratorio en 3 de febrero de 1577 como ha poco se dijo à oficiar en una parte de la nueva iglesia, que va estaba corriente para los ministerios eclesiásticos y ejercicios del Oratorio, en el siguiente abril pasaron á habitar en Santa María de la Vallicella, y trasladaron á ella los discursos familiares, que se hacian primero en S. Gerónimo, y despues en S. Juan de los Florentinos, en donde quedaron algunos para el gobierno de aquella iglesia, los cuales al fin en 4588 por decreto de la Congregación se retiraron á la Vallicella para vivir en comunidad con sus demás hermanos. Pero si capaz era la nueva iglesia aunque no concluida del todo, la casa destinada para habitacion de los Padres era demasiado reducida, por lo que vivian en ella con grande incomodidad; mas